



El milagro de los cinco panes y los dos peces,
Pintura de **Lucas Cranach el Viejo (1472-1553),**
Óleo sobre tabla,
Pintado en el segundo cuarto del siglo XVI
© Museo Nacional de Bellas Artes, Estocolmo

Screenshot

AQUÍ HAY UN NIÑO PEQUEÑO CON CINCO PANES DE CEBADA Y DOS PECES

Juan 6:1-15

Jesús se fue al otro lado del mar de Galilea -o de Tiberíades- y le siguió una gran multitud, impresionada por las señales que daba al curar a los enfermos. Jesús subió a la ladera y se sentó allí con sus discípulos. Era poco antes de la fiesta judía de la Pascua.

Levantando la vista, Jesús vio que se acercaba la multitud y dijo a Felipe: "¿Dónde podemos comprar pan para que coma esta gente?" Sólo lo dijo para poner a prueba a Felipe; él mismo sabía exactamente lo que iba a hacer. Doscientos denarios bastarían para darles un pedacito a cada uno. Uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro, dijo **Aquí hay un niño pequeño con cinco panes de cebada y dos peces** Pero, ¿qué es eso entre tantos? Jesús les dijo: 'Haced sentar a la gente'. Había allí mucha hierba, y se sentaron hasta cinco mil hombres. Entonces Jesús tomó los panes, dio gracias y los repartió a todos los que estaban sentados. Cuando ya habían comido bastante, dijo a sus discípulos: "Recoged los pedazos que han sobrado, para que no se desperdicie nada". Los recogieron y llenaron doce cestas con las sobras de la comida de los cinco panes de cebada. La gente, al ver esta señal que había dado, dijo: 'Este es realmente el profeta que ha de venir al mundo'. Jesús, que veía que iban a venir a prenderle por la fuerza y a hacerle rey, se escapó él solo al monte.

Reflexión sobre el cuadro

Hoy leemos el milagro de los cinco panes y los dos peces. Estos fueron sostenidos por un niño pequeño: '*Aquí hay un niño pequeño con cinco panes de cebada y dos peces*'. No es frecuente verle en cuadros que representen este milagro. En nuestro cuadro, Lucas Cranach sitúa a nuestro niño en el centro del escenario, directamente junto a Jesús. Jesús, el niño y los discípulos forman un grupo a la izquierda, elevado. La multitud ocupa la mitad derecha del cuadro, en diagonal. Cranach era amigo personal de Lutero. Lutero veía la buena voluntad pura, voluntaria e inmediata del niño como el ideal perfecto para los fieles. Una fe sencilla, pero profunda. Cranach representaba a menudo a niños en sus cuadros para transmitir la pureza y la inocencia necesarias para los cristianos.

No creo que nadie en la multitud hubiera pensado que el niño era importante. Nadie habría imaginado siquiera que lo que llevaba en su pequeño cesto sería la clave de uno de los milagros más significativos que Jesús haya realizado jamás. Dios se acerca a las personas más humildes, con las que hace las cosas más asombrosas.

Esto también significa que nunca nos perdemos entre la multitud. Somos únicos. Y Dios puede hacer y hará las cosas más asombrosas con nosotros. El Evangelio nos enseña que si damos a los demás generosamente de nuestros recursos, el Señor obrará poderosamente a través de esos recursos, por pequeños que nos parezcan.

LA LUZ



La Natividad de Noche,
Pintado por Geertgen tot Sint Jans (1465-1495),
Óleo sobre tabla,
Alrededor de 1490
© National Gallery, Londres

Juan 3:16-21

Jesús le dijo a Nicodemo:

Dios amó tanto al mundo que entregó a su Hijo único, para que todo el que crea en él no se pierda, sino que tenga vida eterna.

Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. Nadie que crea en él será condenado; pero quien se niegue a creer, ya está condenado, porque se ha negado a creer en el nombre del Hijo único de Dios.

Por estos motivos se dicta sentencia: **que aunque la luz ha venido al mundo** porque sus obras eran malas. Y, en efecto, todo el que obra mal odia la luz y la evita, por temor a que se descubran sus acciones; pero el hombre que vive de acuerdo con la verdad sale a la luz, para que se vea claramente que lo que hace está hecho en Dios.'

Screenshot

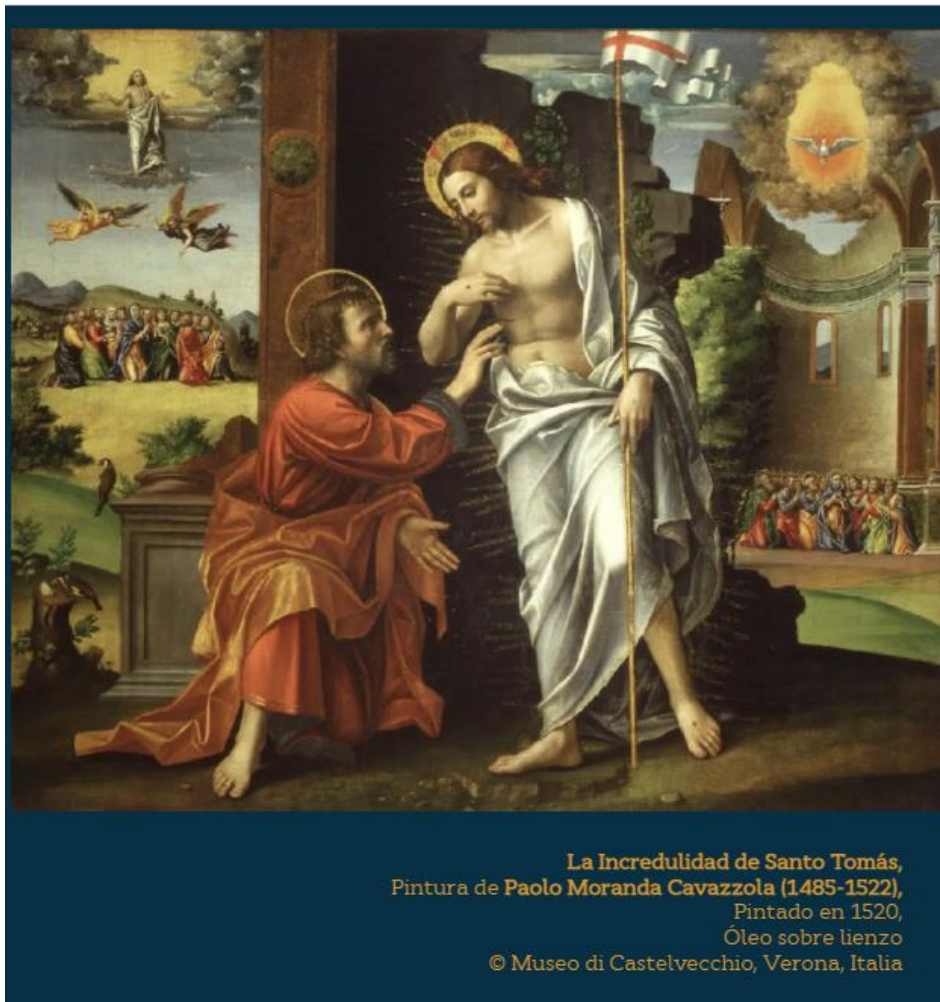
Reflexión sobre el cuadro

Nuestro cuadro, ambientado en la oscuridad, de noche, es una escena cautivadora en la que vemos rayos de luz que emanan del niño Jesús. La luz brillante, divina, resplandeciente, brota de él e ilumina el dulce rostro de la Virgen María, que está inclinada sobre el pesebre junto a los ángeles encantados de la izquierda. El buey y el asno se asoman desde la oscuridad; San José permanece discretamente en segundo plano. Los pastores y algunas ovejas se preparan para pasar la noche en las colinas, reunidos en torno a una hoguera. Contemplan asombrados al ángel de la luz en el cielo. Aunque este cuadro narra la historia tradicional de la Navidad, es muy apropiado para la lectura del Evangelio de hoy, pues ilustra magistralmente cómo la luz divina que emerge del recién nacido ilumina las tinieblas del mundo...

Y es cierto, el mundo puede parecer a menudo un lugar oscuro. Como bien señala Jesús, *'Los hombres han demostrado que prefieren la oscuridad a la luz'*. Juan escribe a menudo con maestría sobre la luz y las tinieblas. Pero en el fondo estamos hechos para la luz. Nos alegramos de notar un periodo más largo de luz por las tardes estos días. De repente hay luz más allá de las siete de la tarde. Nos llena de alegría saber que la luz del día se alarga cada día en esta época del año. Juan no se refiere en su lectura a la luz del día, sino al que se declara luz del mundo. También nosotros deberíamos llenarnos de alegría al acercarnos a su luz.

Pero para muchos de nosotros, nuestra fe puede crecer más en los momentos de oscuridad. ¿Por qué los tiempos oscuros pueden convertirse en momentos cruciales que marcan nuestras vidas e incluso moldean nuestro futuro? No estoy seguro de que haya una respuesta adecuada a esta pregunta. A menudo, sólo después de los momentos de prueba podemos alcanzar cierto nivel de comprensión y empezar a ver cómo Dios estaba presente en esos momentos. Los momentos difíciles pueden ensanchar nuestro corazón y permitirnos valorar todas las cosas buenas de la vida que quizá ignorábamos cuando las cosas iban bien.

<https://christian.art/es/daily-gospel-reading/john-20-19-31-2024/>



La Incredulidad de Santo Tomás,
Pintura de Paolo Moranda Cavazzola (1485-1522),
Pintado en 1520,
Óleo sobre lienzo
© Museo di Castelvecchio, Verona, Italia

**TOMÁS RESPONDIÓ:
"¡SEÑOR MÍO Y DIOS MÍO!"**

Juan 20:19-31

Al atardecer de ese mismo día, el primero de la semana, se cerraron las puertas de la habitación donde estaban los discípulos, por miedo a los judíos. Jesús vino y se puso en medio de ellos. Les dijo: "La paz esté con vosotros", y les mostró sus manos y su costado. Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor, y éste les dijo de nuevo: "La paz esté con vosotros".

Como el Padre me envió,
así te envío yo'.

Después de decir esto, sopló sobre ellos y dijo:

'Recibe el Espíritu Santo'.

Para los que perdonan sus pecados,

son perdonados;

para aquellos cuyos pecados retengas,

se conservan".

Tomás, llamado el Mellizo, que era uno de los Doce, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Cuando los discípulos le dijeron: "Hemos visto al Señor", él respondió: "Si no veo los agujeros que los clavos hicieron en sus manos y no puedo meter mi dedo en los agujeros que hicieron, y si no puedo meter mi mano en su costado, me niego a creer". Ocho días después, los discípulos estaban de nuevo en la casa y Tomás estaba con ellos. Las puertas estaban cerradas, pero Jesús entró y se puso en medio de ellos. La paz sea con vosotros", les dijo. Luego dijo a Tomás: "Pon aquí tu dedo; mira, aquí están mis manos. Dame tu mano, métetela en el costado. No dudes más, cree". **Tomás respondió: "¡Señor mío y Dios mío!** Jesús le dijo:

Creéis porque podéis verme. Felices los que no han visto y creen'.

Hubo muchas otras señales que Jesús realizó y los discípulos vieron, pero no están registradas en este libro. Se registran para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo esto tengáis vida por su nombre.

Reflexión sobre el cuadro

La que probablemente sea la mayor confesión de fe en Jesús de los cuatro Evangelios sale ahora de la boca del gran escéptico. Cuando Tomás vio al Señor, exclamó: "Señor mío y Dios mío". Reconoce a Jesús en su plena realidad, como Señor y Dios, y lo hace de un modo muy personal, '*Mi* Señor y *mi* Dios'. La fe más profunda se encuentra a menudo en quienes han vivido un período de gran oscuridad espiritual, un tiempo de duda e incredulidad.

Hay un elemento de duda en todas nuestras creencias. Todos caminamos por la vida envueltos en la oscuridad hasta cierto punto. Tenemos momentos en los que sentimos la presencia de Dios como muy real y tangible; otros momentos la sentimos lejana. Incluso el gran San Pablo podía decir: '*ahora, vemos en un espejo, tenuemente*'. Algunos parecen tener una experiencia mucho más fuerte de esa oscuridad espiritual que otros. En cierto modo, Tomás es su santo patrón. Demuestra que los tiempos de duda religiosa perturbadora y aislante pueden ser el prelude de una fe profundamente arraigada y ricamente expresada.

Al final, Tomás vio y creyó, como los demás discípulos que vieron al Señor resucitado y creyeron. Pero, ¿qué pasa con nosotros, que no hemos visto al Señor como lo vieron aquellos testigos? Es a nosotros a quienes Jesús dirige la última bienaventuranza de todos los evangelios, '*Bienaventurados los que no han visto y creen*'. Jesús reconoce que nuestra fe es tan auténtica como la de los testigos oculares originales, los que vieron y creyeron.

En nuestro cuadro de Cavazzola, de principios del siglo XVI, vemos la figura de Cristo vestido con una túnica blanca y rodeado de una mandorla dorada (aureola de luz en forma de almendra que rodea toda la figura de Cristo), de la que sólo quedan restos de dorado. Al fondo vemos la Ascensión representada en un paisaje abierto a la izquierda y Pentecostés en un ábside en ruinas a la derecha.